

727  
7.13  
ENCICLICA

SOBRE

# LA MASONERÍA UNIVERSAL

DE

## SU SANTIDAD LEÓN XIII

*Con una recomendación dirigida  
por el Illmo. señor Obispo Inocencio María Yéregui  
á todos sus diocesanos.*



MONTEVIDEO

IMPRESA Y ENGUADERNACION DE RIUS Y BECCHI

Calle Soriano, números 152 y 154

1884

8.13  
ENCÍCLICA

DE

SU SANTIDAD LEON XIII

SOBRE

LA MASONERÍA UNIVERSAL

*Con una recomendación dirigida  
por el Illmo. señor Obispo Inocencio María Yéregui  
a todos sus diocesanos.*



B.1096  
MONTEVIDEO

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN DE RÍUS Y BECCHI

Calle Soriano, números 152 y 154

1884

## RECOMENDACIÓN

DIRIJIDA POR EL

Illmo. Sr. Obispo Inocencio María Yéregui

Á TODOS SUS DIOCESANOS

---

Cuando el Pontífice habla, ha dicho un ilustre escritor, el mundo se conmueve aun en las épocas en que el orgullo de la razón incrédula hace alarde de despreocupación moral y religiosa. El Vaticano, con un título más augusto que el Capitolio, es y será el oráculo del mundo moral; y cuando el Vicario de Jesucristo habla y advierte á las naciones cristianas, su eco resuena en el orbe entero sin que nadie pueda permanecer indiferente á sus enseñanzas: los hijos de las tinieblas le maldicen y los fieles le bendicen, como el impío maldice á su Dios y le bendicen las almas rectas. ¿De dónde proviene que la palabra de un anciano inerme, amenazado por todos los poderes de la tierra, goce de la potencia moral más gigantesca que haya contemplado jamás el mundo?



¿ Por qué su voz, que jamás se pronuncia apoyada por el aparato de la fuerza material, tiene el privilegio de ser acatada libremente por tantos millones de individuos de todas las clases sociales, sabios é ignorantes, poderosos y pequeños, conmoviendo profundamente á los mismos que le desprecian? Por qué el mundo no contempla una testa coronada que posea la prerrogativa de hablar al mundo enseñándole, y de cuya enseñanza crean millones de individuos dependa su salvación? Acaso ese secreto tendrá por razón el fanatismo, como replican los que esa potencia temen ó envidian? Pero, ¿ por qué privilegio esa voz explota el fanatismo, y nadie más puede explotarlo en tan grande escala, cuando es voz que no halaga pasiones, ni promueve intereses mundanos, sino que se apoya en el sacrificio de ambas cosas, de las pasiones y de los intereses? Cómo no calla aun cuando todos los poderes del mundo quieren apagarla?

Bien lo sabe el mundo; he aquí la explicación: Jesucristo, el Hombre-Dios, es el autor y fundador del magisterio augusto de sus Vicarios, de quienes principalmente ha dicho: « quien á vosotros escucha, á mí me escucha, y quien á vosotros desprecia á mí me desprecia ». Esa voz pues, no puede ser acatada ó despreciada en el mundo, sin acatar ó despreciar al mismo Jesucristo; y acaso el mundo podía ser indiferente, oír ó despreciar sin conmoción las doctrinas é instituciones del Redentor,



en quien todas las cosas deben ser instauradas? Y como de ellas pende para la humanidad su salvación ó su ruína, siempre son y serán sus doctrinas y su credo cuestión de vida ó muerte para las sociedades humanas.

Jesucristo lo ha dicho solemnemente: «Yo soy la luz, la verdad y el camino; el que no me siga caminará por entre tinieblas». No hay otro camino por las vías de la salvación. A qué maestro podrá escuchar el mundo, fuera de Jesucristo, que no le conduzca por entre sombras y tinieblas? Todo magisterio contrario al de Jesucristo no enseña más que el error, los devaneos de la inteligencia y las degradaciones morales.

Pero si nadie, sin el atrevimiento de desmentir á Jesucristo, puede negar que la religión cristiana es la verdad moral y religiosa y la salvación para el mundo, ¿no ocurre preguntar dónde está y cómo se distingue el verdadero cristianismo entre las múltiples sectas que invocan su nombre y conservan sus pretensiones de legitimidad? No dejó Jesucristo ninguna garantía en este mundo para reconocer la fiel y genuina profesión de su doctrina? ¿Cada hombre será su intérprete? Semejante sistema sería un absurdo: la verdad no puede ser más que de un solo modo, sólo el error es vario y múltiple. ¿Existe, en una palabra, un magisterio creado por el mismo Jesucristo que enseña y garante á los hombres la verdadera doctrina del Salvador?

He aquí un hecho racionalmente innegable. Cuando Jesucristo, al fundar su Iglesia, dijo en la persona de Pedro á su Vicario: «Apacienta mi Grey» creándole Pastor Supremo, dijole también: «Yo he rogado por tí, para que no desfallezca tu fe, en la cual confirmarás á tus hermanos». He aquí, pues, cómo en virtud de esta promesa y de esta misión divina son los Vicarios de Jesucristo Maestros y Pastores Supremos en la Iglesia de Dios; ellos solamente y nadie más, porque sólo á ellos se les dijo: *apacentad mi Grey*, y á nadie sino á ellos se les otorgó el privilegio de ser confirmados en la fe para que á su vez confirmasen á los demás. Este magisterio infalible garantido con la promesa divina, es á la vez la preciosa y necesaria garantía de nuestra fe, de nuestras creencias y hasta de nuestra dignidad de cristianos, para que no anduviésemos al viento de toda doctrina, víctimas de cualquier dogmatizador y esclavos perpetuos de aberraciones y absurdos, buscando siempre la solución del magno problema de nuestra salvación sin encontrarlo jamás.

Ni cómo podríamos de otro modo saber con certeza, con esa certeza que engendra firmes convicciones, cuál era el verdadero cristianismo?

Es, pues, evidente que el único que tiene en el mundo la misión y el derecho de declarar qué doctrinas y qué moral están conformes con la



enseñanza de Jesucristo, es su Vicario en la tierra, el Romano Pontífice, legítimo sucesor de Pedro, sobre quien Jesucristo fundó su Iglesia: de donde proviene, como advierte San Agustín, que cuando en una controversia sobre la doctrina de la fe y de las costumbres habla Roma, esto es, el Romano Pontífice, Pastor Supremo de la Iglesia, toda duda y toda cuestión queda terminada y decidida inapelablemente, porque Jesucristo ha rogado por él á fin de que no falte su fe, esto es, sea infalible.

Dado este origen divino del magisterio de la Iglesia católica ¿podemos extrañar que la voz del Vaticano, la palabra augusta del Pontífice sea un oráculo para el mundo y una conmoción para la tierra?

Pero sobre todo ¿cuán ridícula aparece la pretensión de aquellas sectas al declarar que en la Iglesia de Jesucristo todos son maestros, teniendo cada cual el derecho de formarse su propio cristianismo! Asimismo debe ser objeto de la más profunda compasión esa otra aberración, que no sabemos cómo calificar, en virtud de la cual hay periodistas que después de negar al Pontífice el magisterio supremo, se erigen ellos en maestros, critican la enseñanza del Vicario de Jesucristo y dicen después á los pueblos: « no creais esa enseñanza porque es errónea ; aceptad la nuestra que es la verdadera ». ¿ No es verdad que parece haber llegado la hora del supremo castigo, cuya señal es *cegar Dios á los que quiere perder?*

De intento hemos hecho las reflexiones que preceden porque queremos comunicar y recomendar solemnemente á los fieles de nuestra Diócesis la última Encíclica en que el Pastor Supremo de la Iglesia visible acaba de exponer las doctrinas, planes y esfuerzos de la Secta Masónica para enseñarnos cómo es esencialmente enemiga de la Iglesia, y su profesión ó afiliación incompatible con la dignidad y deberes del católico sincero.

Desde tiempo ha, los trabajos y esfuerzos de la Masonería Universal se dirigian de una manera ostensible á la subversión de los principios y doctrinas cristianas en la vida social de los pueblos. Varios Sumos Pontífices, en múltiples documentos habían llamado la atención de la cristiandad previniendo á los fieles á fin de que evitasen el engaño de las declaraciones simuladas con que la Masonería pretendía persuadir á los católicos ser compatible su institución con las doctrinas de Jesucristo.

Pero en los últimos años, los esfuerzos anticristianos de la Masonería han sido redoblados por una propaganda extraordinaria en la realización de su propósito declarado y confesado, que es radical, la abolición del catolicismo por medio de la completa *secularización* social en la enseñanza sin religión, el matrimonio civil, los entierros civiles y la separación de la Iglesia y el Estado, sustituyendo al Evangelio las doctrinas y principios heréticos del liberalismo anticristiano.



En atención al creciente peligro para la fe de los creyentes, el sabio Pontífice Leon XIII, felizmente reinante, ha juzgado oportuno y necesario, no sólo renovar las declaraciones condenatorias de sus predecesores contra la Masonería, sino también exponer de una manera más explícita las doctrinas anticristianas y las instituciones subversivas de la Secta Masónica para excitar á los fieles de una manera extraordinaria á la defensa de su fe y á prevenirse contra las arterías y táctica de los que de la manera más persistente han decretado la abolición de la Iglesia de Jesucristo, aunque su resultado final será glorificarla; pues está escrito: « No prevalecerán ».

Los católicos indiferentes ó ilusos ya no tendrán excusa para permanecer en su injustificable y muchas veces vergonzosa indiferencia acerca de la Masonería. Ha llegado el momento de deslindar los campos; ya no ha lugar á tergiversación de ninguna especie. Hay que despojarse de todo disimulo y cobardía: la afiliación á la Masonería es el enrolamiento en el campo enemigo de la Iglesia.

Sin embargo no queremos terminar por nuestra parte sin llamaros la atención sobre una circunstancia sobremanera providencial. Al contemplarse profundamente herida la Secta Masónica con la monumental Encíclica de Su Santidad, decidió contrarrestar el mal efecto producido con lo que un Gran Maestre se atrevió á llamar *Contra-Encicli-*

ca para impugnar las doctrinas del Sumo Pontífice. Ante todo, fué una inaudita impudencia: ¡pretender que los católicos no han de ser enseñados por el Vicario de Jesucristo acerca de la ortodoxia de su fe y creencias, sino por la Masonería! . . . .

Pero hemos dicho que semejante documento fué providencial, porque en efecto la titulada *Contra-Enciclica* de la Masonería es una solemne confirmación de la enseñanza pontificia, pues en ella se asevera el absurdo de que la Iglesia ha renegado del Evangelio de Jesucristo y que es la Masonería la que enseña y propaga la verdadera doctrina del divino institutor del cristianismo. Sean, pues, los católicos que la Masonería ha declarado solemnemente que ella es la depositaria de las doctrinas de Jesucristo y que la Iglesia católica es la apostasia del verdadero cristianismo. Lo admirable es que esto se haya podido decir en un documento oficial y solemne de la Masonería al mismo tiempo que pretendía impugnar la aseveración fundamental de la Encíclica del Romano Pontífice, esto es, la incompatibilidad de la Masonería con el Catolicismo.

Mas aun: en la mencionada declaración de la Masonería se nota una incalificable obcecación, pues manifiesta lo que es suficiente para probar que la Masonería, no sólo es anticristiana, sino la organización de la impiedad; en efecto, después de decir que propaga las doctrinas del Evangelio



que *ha renegado* la iglesia católica, afirma que la libre Masonería honra el ideal humano de la divinidad hasta con la *negación científica de Dios*. Esta aberración está calificada en las Sagradas Escrituras. Está escrito en la Biblia :

« *Dijo el necio en su corazón : No hay Dios* ».

¿ Cómo hemos de juzgar entonces ese reto que lanza la Masonería contra la palabra divina :

« *El ideal humano de la divinidad se honra con la negación científica de Dios?* » Necedad! . . . .

Nos resta solamente recomendar eficazmente á todos los fieles la lectura detenida y meditada de ese precioso documento, la Encíclica de S. S. León XIII sobre la Francmasonería, documento que diarios ilustrados, é independientes, como el *Times* de Lóndres y el *Journal des Debats* de París han calificado de sensato y sabio : es la voz de alerta contra el enemigo de la religión y de la sociedad. Leedlo con sumo interés y con aquel espíritu verdaderamente católico expresado tan felizmente en la célebre frase de San Agustín. «Habló Roma; está terminada la causa». Ya no puede ser dudoso para los creyentes que no se puede ser católico y masón al mismo tiempo, puesto que la Masonería es la organización del anticristianismo y hasta del ateismo científico.

INOCENCIO MARIA,

Obispo de Montevideo.

CARTA ENCÍCLICA  
DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA  
LEÓN XIII  
SOBRE LA FRANCMASONERÍA

---

Á NUESTROS VENERABLES HERMANOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DE TODO EL UNIVERSO CATÓLICO, EN GRACIA Y COMUNIÓN CON LA SANTA SEDE APOSTÓLICA.

LEÓN XIII, PAPA

Venerables hermanos :

SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

Desde que, por envidia de satán, el género humano se separó miserablemente de Dios, al cual era deudor de su existencia y dones sobrenaturales, se dividió en dos campos enemigos que no cesan de pelear, uno por la verdad y la virtud, otro por todo lo que es contrario á la virtud y á la verdad. Es el primero el reino de Dios sobre la tierra, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo, cuyos miembros, si quieren serlo de corazón y alcanzar su salud, necesariamente han de servir á Dios y á su



Unico Hijo con toda su alma, con toda su voluntad. Es el segundo el reino de Satanás. Bajo su imperio y su poder se encuentran todos los que, siguiendo el funesto ejemplo de su jefe y de nuestros primeros padres, se resisten á cumplir la ley divina y de mil modos se esfuerzan, aquí por pasarse sin Dios, allí por obrar directamente contra Dios.

San Agustín vió y describió con gran perspicacia estos dos reinos en forma de dos ciudades opuestas una á otra, así por las leyes que las rigen, como por el ideal á que tienden; y con ingenioso laconismo, puso de relieve en las siguientes palabras el principio constitutivo de cada una de ellas: *De dos amores han nacido estas dos ciudades: la ciudad terrestre procede del amor propio llevado hasta el menosprecio de Dios; la ciudad celestial procede del amor de Dios llevado hasta el menosprecio de sí mismo* (1). En todo el curso de los siglos que nos han precedido, jamás dejaron de luchar ambas ciudades una contra otra, empleando toda suerte de tácticas y las más diversas armas, aunque no siempre con igual ardor ni el mismo ímpetu.

En nuestra época parece que los fautores del mal se han coaligado en un inmenso esfuerzo, á impulso y con ayuda de una sociedad esparcida en gran número de lugares y vigorosamente organizada, la sociedad de los *francmasones*. Los cuales, en efecto,

(1) De civ. Dei. 1. XIV, c. 27.

no se toman ya el trabajo de disimular sus propósitos, y rivalizan unos con otros en audacia contra la augusta majestad de Dios. Públicamente, á cielo abierto, emprenden la obra de arruinar la Santa Iglesia á fin de conseguir, si eso fuera posible, despojar completamente á las naciones cristianas de los beneficios que deben á nuestro Salvador Jesucristo.

Gimiendo á vista de estos males, y llevado de la caridad, muchas veces Nos sentimos movido á exclamar delante de Dios: *Señor, he aquí que tus enemigos mueven gran estrépito. Los que te odian han erguido la cabeza. Urden conspiraciones contra tu pueblo llenas de malicia, y han resuelto perder á tus Santos. Sí; ellos han dicho: venid y arrojémoslos del seno de todas las naciones* (1).

Con todo eso, en tan apremiante riesgo, en presencia de agresión tan cruel y tenaz contra el Cristianismo, es deber nuestro mostrar el peligro, denunciar á los adversarios, oponer toda la resistencia posible á sus proyectos é industrias: primeramente para impedir la eterna perdición de las almas, cuya salud Nos ha sido confiada; además, para que el reino de Jesucristo, que Nos estamos encargado de defender, no sólo permanezca firme y en toda su integridad, sino logre por toda la tierra nuevos progresos y nuevas conquistas.

(1) Ps LXXXII, 2-4.



Con vigilante solicitud por la salvación del pueblo cristiano, bien pronto reconocieron Nuestros predecesores á este enemigo capital en el momento en que, saliendo de las sombras de una conspiración oculta, se arrojó al asalto en pleno día. Sabedores de lo que él era, de lo que quería, y leyendo, por decirlo así, en lo porvenir, dieron á príncipes y pueblos la voz de alarma, y los pusieron en guardia contra las emboscadas y los artificios urdidos para sorprenderlos.

Fué denunciado el peligro la primera vez por Clemente XII (1) en 1738, y la Constitución promulgada por este Papa se renovó y confirmó por Benedicto XIV (2). Pío VII (3) siguió las huellas de estos dos Pontífices; y Leon XII, comprendiendo en su Constitución Apostólica *Quæ graviora* (4) todos los actos y decretos de los Papas precedentes sobre esta materia, los ratificó y confirmó para siempre. Pío VIII (5), Gregorio XVI (6) y, en diversas ocasiones, Pío IX (7), hablaron en el mismo sentido.

El objeto fundamental y el espíritu de la secta masónica se pusieron á toda luz con la manifestación evidente de sus maquinaciones, el conocimiento de sus principios, la exposición de sus re-

(1) Const. *In eminenti*, de 24 Abril de 1738.

(2) Const. *Providas*, de 18 Mayo 1751.

(3) Const. *Ecclesiam a Jesu Christo*, de 13 Setiembre 1821.

(4) Const. de 13 de Marzo 1825.

(5) Encycl. *Traditæ* de 21 Mayo 1829.

(6) Encycl. *Mirari*, de 15 Agosto 1832.

(7) Alloc. *Multiplies inter*, de 25 Setiembre 1865; Encycl. *Qui pluribus*, de 9 Noviembre 1846, etc.

glas, sus ritos y comentarios, á que más de una vez se añadieron los testimonios de sus propios adeptos. Ante hechos tales, era natural que esta Sede Apostólica denunciase públicamente la secta de los francmasones como asociación criminal, no menos perniciosa á los intereses del Cristianismo que á los de la sociedad civil. Fulminó, pues, contra ella las penas más graves que la Iglesia suele emplear contra los culpados, y prohibió afiliarse en ella.

Irritados con tal medida, y esperando que, ya con el desdén, ya con la calumnia, podrían burlar estas condenaciones ó atenuarían su fuerza, los miembros de la secta acusaron á los Papas que las habían impuesto, ora de haber dictado sentencias inicuas, ora de haberse excedido en las penas impuestas. De esa manera procuraron eludir la autoridad ó disminuir el valor de las Constituciones promulgadas por Clemente XII, Benedicto XIV, Pio VII y Pio IX.

No faltaron, sin embargo, aun en las filas de la secta, asociados que confesaran, aun á despecho suyo, que, dadas la doctrina y la disciplina católicas, los Pontífices no habian hecho nada que no fuese muy legítimo. A esta comesión hay que añadir el asentimiento expícito de algún número de príncipes ó jefes de Estado que pusieron empeño, ya en denunciar la sociedad de los francmasones á la Sede Apostólica, ya de perseguirla por sí propios como peligrosa, estableciendo leyes contra ella, como sucedió en Holanda, Austria,



Suiza, España, Baviera, Saboya y otras partes de Italia.

Importa en gran manera hacer notar de qué modo los acontecimientos dieron la razón á la prudencia de nuestros predecesores. Su previsor y paternal solicitud no tuvo siempre ni en todas partes el éxito que fuera de desear: lo que se ha de atribuir, así al disimulo y la astucia de los hombres comprometidos en esa secta perniciosa, como á la imprudente ligereza de los que más directo interés debían tener en vigilarla atentamente. De eso resultó que, en el espacio de siglo y medio, la secta de los francmasones ha logrado increíbles progresos. Empleando á la vez la audacia y la ratería, ha invadido todos los grados de la gerarquía social, y comienza á tener en el seno de los Estados modernos un poder que casi equivale á la soberanía. De esta rápida y formidable extensión han resultado por necesidad para la Iglesia, para la autoridad de los príncipes, para la salud pública, los males que Nuestros predecesores habían con mucha anticipación previsto. A punto se ha llegado en que hay motivo de concebir para lo venidero los más serios temores; no ciertamente en lo que concierne á la Iglesia, cuyos sólidos fundamentos no se han de quebrantar por los esfuerzos de los hombres, sino con relación á la seguridad de los Estados en cuyo seno se han hecho poderosísimas, bien esta secta de la francmasonería, bien otras asociaciones similares, cooperadoras suyas y satélites.

Por todos estos motivos, en cuanto Nos pusimos la mano en el gobernalle de la Iglesia, claramente sentimos la necesidad de resistir á mal tan grande y de dirigir contra él, cuanto fuese posible, Nuestra autoridad apostólica. Así, aprovechando todas las ocasiones favorables, hemos tratado las principales tésis doctrinales en que las perversas opiniones de la secta masónica parece que han ejercido mayor influencia. De ese modo, en Nuestra Encíclica *Quod apostolici muneris*, hemos procurado combatir los monstruosos sistemas de los socialistas y comunistas. Nuestra encíclica *Arcanum* Nos dió ocasión de esclarecer y defender la noción verdadera y auténtica de la doméstica sociedad, de la cual es origen y fuente el matrimonio. En la Encíclica *Diuturnum* dimos á conocer, según los principios de la sabiduría cristiana, la esencia del poder político, y mostramos sus admirables armonías con el orden natural, y asimismo con la salud de los pueblos y de los príncipes.

Hoy, á ejemplo de Nuestros predecesores, hemos resuelto fijar directamente Nuestra atención en la sociedad masónica, en el conjunto de su doctrina, en sus proyectos, sus sentimientos y sus actos tradicionales, á fin de hacer más resplandeciente la evidencia de su poder para el mal, y detener en sus progresos el contagio de este funesto azote.

Existe en el mundo cierta porción de sectas, que si bien difieren unas de otras en nombre, ritos, formas, origen, se asemejan y están de acuerdo entre si por la analogía del objeto y de los principios



esenciales. En realidad son idénticas á la francmasonería, que es para todas las otras como el punto central de donde proceden y á donde van á parar. Y aunque al presente aparentan no gustar de permanecer escondidas, aunque tienen reuniones á la luz del día y á vista de todos, aunque publican periódicos, con todo eso si se mira al fondo de las cosas puede verse que pertenecen á la familia de las sociedades clandestinas y que conservan sus aires. Hay, en efecto, en ellas especies de misterios que su constitución prohíbe con el mayor cuidado divulgar, no solamente á los extraños, sino á buen número de sus adeptos.

¡ A esta categoría pertenecen los consejos íntimos y supremos, los nombres de los principales jefes, ciertas reuniones más ocultas é internas; así como las decisiones que toman y los medios y agentes de ejecución. Concurren maravillosamente á esta ley del secreto, la división de derechos, oficios y cargos establecidos entre los asociados, la distinción gerárquica sabiamente organizada, de órdenes y grados, y la severa disciplina á que están todos sometidos. La mayor parte de las veces, los que solicitan la iniciación tienen que prometer, más aun, tienen que jurar solemnemente que jamás revelarán á nadie, en ninguna ocasión, de ninguna manera, los nombres de los asociados, las notas características, ni las doctrinas de la sociedad. De esa suerte, con mentidas apariencias, y haciendo del disimulo norma constante de conducta, como los maniqueos en otro tiempo, los

francmasones no perdonan medio ninguno de ocultarse y no tener más testigos que sus cómplices.

Como su interés supremo consiste en no parecer lo que son, hacen el papel de amigos de las letras ó de filósofos, reunidos y juntos para cultivar las ciencias. No hablan más que de su celo por los adelantamientos de la civilización, de su amor al pobre pueblo. A creerlos, su solo fin es mejorar la suerte de la muchedumbre y extender á mayor número de hombres los beneficios de la sociedad civil. Mas aun en el supuesto de que estas intenciones fuesen sinceras, estarían lejos de comprender todos sus designios. En efecto, los que están afiliados han de prometer obediencia ciega y sin discusión á los mandatos de sus jefes; estar siempre prontos, al menor aviso, á la más leve señal, para ejecutar las órdenes que se les den, someténdose por adelantado, en caso contrario, á los tratamientos más rigurosos y á la muerte misma. Realmente, no es raro que la pena del último suplicio sea impuesta entre ellos á los que están convictos de haber descubierto la disciplina secreta de la sociedad ó de haber resistido á las órdenes de los jefes; y esto se practica con tanta destreza, que la mayor parte de las veces el ejecutor de estas sentencias de muerte burla la justicia, establecida para impedir los crímenes y castigarlos.

Pero vivir en el disimulo y querer envolverse en tinieblas; encadenar así con lazos estrechísimos, y sin darles á conocer previamente á qué se obligan, á hombres de este modo reducidos á la condición



de esclavos; emplear en todo género de atentados estos instrumentos pasivos de una voluntad extraña; armar, para el asesinato, manos con cuyo auxilio se asegura la impunidad del crimen, son prácticas monstruosas condenadas por la misma naturaleza. La razón y la verdad bastan, pues, para probar que la sociedad de que Nos hablamos está en formal contradicción con la justicia y la moral naturales.

Otras pruebas clarísimas se añaden á las precedentes, y hacen ver todavía mejor cuánto repugna esta sociedad, por su constitución esencial, á la honradez: por grandes, en efecto, que puedan ser entre los hombres la astuta habilidad del disimulo y el hábito de la mentira, es imposible que una causa, cualquiera que sea, no se revele por los efectos que produce: *Un buen árbol no puede producir malos frutos, y uno malo no puede producirlos buenos* (1).

Mas los frutos producidos por la secta masónica son perniciosos y de los más amargos. He aquí, en efecto, lo que resulta de cuanto hemos indicado precedentemente; y esta conclusión nos declara lo íntimo de sus designios. Tratan los franemasones, y, todos sus esfuerzos tienden á ese objeto, tratan de destruir de raíz toda la disciplina religiosa y social que ha nacido de las instituciones cristianas, y de sustituirla con otra nueva, adaptada á sus ideas,

(1) Matth. VII, 18.

y cuyos principios y leyes fundamentales están sacados del naturalismo.

Todo lo que Nos acabamos de decir y lo que nos proponemos decir, ha de entenderse de la secta masónica considerada en su conjunto, en cuanto abraza á otras sociedades que son para ella hermanas ó aliadas. No queremos aplicar todas estas reflexiones á cada uno de sus miembros, individualmente considerado. Puédese encontrar entre ellos, realmente, y aun en mucho número, quienes, aunque no exentos de culpa por haberse afiliado á semejantes sociedades, no tomen parte, sin embargo, en sus actos criminales, é ignoren el objeto final que estas sociedades tratan de conseguir. Así también puede suceder que algunos grupos no aprueben las conclusiones extremas á que la lógica debía forzosamente llevarles, pues que necesariamente se derivan de los principios comunes á toda la asociación. Mas lleva consigo el mal una torpeza que de suyo repugna y espanta. Además, si circunstancias particulares de tiempo ó lugar obligan á ciertas fracciones á permanecer ajenas á lo que quisieran hacer, ó á lo que hacen otras asociaciones, no se ha de concluir de ahí que esos grupos sean extraños al pacto fundamental de la masonería. Este pacto exige ser apreciado, menos por los actos cumplidos y por sus resultados, que por el espíritu que le anima y por sus principios generales.

Mas el primer principio de los naturalistas, es que en todas las cosas la naturaleza ó la razón humana, debe ser dueña ó señora. Por lo cual, cuan-



do se trata de los deberes con Dios, ó hacen poco caso de eso, ó alteran su esencia con opiniones vagas y errados sentimientos. Niegan que Dios sea autor de revelación ninguna. Para ellos, fuera de lo que la razón humana puede comprender, ni hay dogma religioso, ni verdad, ni maestro de palabra en quien, á causa de su encargo auténtico de enseñar, deba tenerse fe. Y como la misión en absoluto propia y especial de la Iglesia católica consiste en recibir en su plenitud y en guardar con incorruptible pureza la doctrina revelada por Dios, así como la autoridad establecida para enseñarlas, con los otros auxilios dados por el cielo para salvar á los hombres, contra la Iglesia es contra quien los enemigos muestran más encarnizamiento y dirigen sus más violentos ataques.

Véase ahora cómo la secta de la masonería trabaja en las cosas que atañen á la Religión, allí principalmente donde puede obrar con libertad más licenciosa; y dígase si no parece que ha tomado á su cargo ejecutar los decretos de los naturalistas.

De esa manera, aunque le cueste larga y trabajosa labor, propónese reducir á la nada, dentro de la sociedad civil, el magisterio y la autoridad de la Iglesia; y de ahí la consecuencia que los franc-masones procuran vulgarizar, sin dejar un punto de pelear por ella; es á saber, que es absolutamente preciso separar la Iglesia y el Estado. Excluyen, por lo tanto, así de las leyes como de la administración de la cosa pública la saludabilísima influencia de la Religión católica, y lógicamente

acaban por pretender que el Estado todo entero se constituya extraño á las constituciones y los preceptos de la Iglesia.

Ni les basta excluir de toda participación en el gobierno de los negocios humanos á la Iglesia, guía tan sabia y segura; aun es menester que la traten como enemigos y que usen de violencia contra ella. De ahí la impunidad con que, de palabra, por escrito, en la enseñanza, es permitido combatir los fundamentos mismos de la Religión católica. Ni los derechos de la Iglesia, ni las prerrogativas con que la Providencia la dotó, nada se libra de sus ataques. Se reduce á casi nada su libertad de acción, y eso con leyes que á primera vista no parecen muy opresivas, pero que, en realidad, expresamente están hechas para encadenar esta libertad. En el número de leyes excepcionales ideadas contra el clero, Nos señalaremos particularmente las que dan por resultado la disminución notable de los ministros del santuario, y la reducción cada día mayor de sus medios indispensables de acción y de existencia. Los restos de los bienes eclesiásticos, sometidos á mil servidumbres, se han puesto bajo la dependencia y el capricho de administradores civiles. Las comunidades religiosas están suprimidas ó dispersas. — Con relación á la Sede Apostólica y el Pontífice Romano, la enemistad de los sectarios aumenta en intensidad. Después de haber despojado al Papa, con falsos pretextos, de su soberanía temporal, garantía necesaria de su libertad y sus derechos, hanle re-



ducido á situación por todo extremo intolerable é inicua, hasta que á la postre, en estos últimos tiempos, los fautores de esas sectas han llegado al punto que era de tiempo atrás objeto de sus secretos propósitos; es á saber, han proclamado que llegó el momento de suprimir el sagrado poder de los Pontífices Romanos y destruir enteramente el Pontificado, que es de institución divina. Para dejar fuera de duda la existencia de semejante plan, bastaría, á falta de otras pruebas, invocar el testimonio de hombres que han pertenecido á la secta, la mayor parte de los cuales, en pasados tiempos y en época más reciente, han hecho público el propósito que los francmasones tienen de perseguir al Catolicismo con singular é implacable enemistad, y su firme resolución de no parar sino después de haber destruído radicalmente todas las instituciones religiosas establecidas por los Papas.

Y si todos los miembros de la secta no son constreñidos á renegar esplicitamente del Catolicismo, es por excepción, que lejos de perjudicar al plan general de la francmasonería, contribuye por el contrario á sus propósitos. Primeramente de ese modo puede engañar con más facilidad á los sencillos y confiados, y hace accesible á mayor número la admisión en la secta. Demás de eso, abriendo sus filas á adeptos que vienen á ellas de las religiones más diversas, hácelos más idóneos para acreditar el gran error del tiempo presente, el cual consiste en relegar al grado de las cosas indiferentes el cuidado de la Religión y á medir con

igual rasero todas las formas religiosas. Mas este principio basta, por sí solo, para arruinar toda la Religión católica, que siendo la única verdadera, no puede, sin sufrir la mayor de las injurias y las injusticias, tolerar que se le ponga al igual de las otras religiones.

Los naturalistas van todavía más lejos. Audazmente lanzados por las vías del error en las más importantes cuestiones, van arrastrados y como precipitados por la lógica hasta las consecuencias más extremas de sus principios, sea á causa de la debilidad de la naturaleza humana, sea por justo castigo con que Dios humilla su orgullo. Siguese de ahí que no guarden ya en su integridad y certidumbre las verdades accesibles á la sola luz de la razón natural, tales como son seguramente la existencia de Dios, la espiritualidad y la inmortalidad del alma. Empeñada en un nuevo camino de errores, la secta de los francmasones no se ha librado de estos escollos. En efecto, aunque, tomada en conjunto, la secta haga profesión de creer en la existencia de Dios, el testimonio de sus propios individuos hace ver que esta creencia no es, en cada uno de sus miembros, objeto de firme asentimiento é inquebrantable certidumbre. No disimulan que la cuestión de si Dios existe es causa entre ellos de grandes disentimientos; y averiguado está que, poco tiempo hace, se empeñó entre ellos seria controversia sobre ese asunto. En realidad, la secta deja á los iniciados entera libertad de ir por uno ú otro camino, sea para afirmar la existencia de



Dios, sea para negarla; y los que niegan resueltamente este dogma, son admitidos á la iniciación con la misma facilidad que los otros que, en cierto modo, todavía la admiten, pero desnaturalizándola, como los panteistas, cuyo error precisamente consiste en conservar no se sabe qué absurdas apariencias del Ser divino, y hacer desaparecer lo que hay de esencial en la verdad de su existencia.

Cuando este fundamento necesario se destruye ó siquiera se quebranta, de su peso se cae que los otros principios del orden natural vacilan en la humana razón, la cual ya no sabe á qué atenerse, ni sobre la creación del mundo por un acto libre y soberano del Creador, ni sobre el gobierno de la Providencia, ni sobre la supervivencia del alma y la realidad de una vida futura é inmortal que suceda á la presente vida. El derrumbamiento de las verdades, que son base del orden natural e importan tanto á la conducta racional y práctica de la vida, por fuerza se ha de sentir en las costumbres privadas y públicas. No hablamos de aquellas virtudes sobrenaturales que, sin don especial de Dios, ninguno puede practicar ni adquirir; virtudes de las cuales es imposible encontrar huella ninguna en aquellos que hacen profesión desdeñosa de ignorar la Redención del género humano, la gracia, los Sacramentos, la futura bienandanza que ha de lograrse en el cielo. Solamente hablamos de los deberes que se derivan de los principios de la natural rectitud.

Un Dios que ha creado el mundo y le gobierna

con su providencia; una ley eterna cuyas prescripciones mandan respetar el orden de la naturaleza y prohíben turbarle; un fin último, puesto para el alma en región superior á las cosas humanas, y más allá de esta posada terrestre: he aquí las fuentes, los principios de toda justicia y honestidad. Hacedlas desaparecer (esa es la pretensión de los naturalistas y francmasones), y será imposible saber en qué consiste la ciencia de lo justo ó de lo injusto, ni en qué se apoya. Cuanto á la moral, la única cosa que ha encontrado gracia ante los miembros de la secta masónica, en la cual quieren que la juventud se instruya con cuidado, es lo que ellos llaman *moral cívica*, — *moral independiente*, — *moral libre*, — en otros términos, moral que no deja lugar ninguno á las ideas religiosas.

Cuán insuficiente es una moral semejante, hasta qué punto carece de solidez y está á merced del soplo de las pasiones, bien puede verse en los tristes efectos que ya ha producido. Allí, en efecto, donde, después de haber tomado el puesto de la moral cristiana, ha comenzado esa otra moral á reinar con mayor libertad, pronto se ha visto enflaquecer la probidad é integridad de costumbres, aumentar y fortificarse las opiniones más monstruosas, y desbordarse por todas partes la audacia del crimen. Semejantes males arrancan hoy universales quejas y lamentos, á que hacen coro alguna vez aquellos mismos que, bien á pesar suyo, se ven obligados á rendir testimonio á la evidencia de la verdad.

Hay, además, que estando la naturaleza humana



viciada por el pecado original, y, á causa de eso, más dispuesta al vicio que á la virtud, la probidad es absolutamente imposible si los movimientos desordenados del alma no son reprimidos y si los apetitos no obedecen á la razón. En tal conflicto, muchas veces es menester despreciar los terrenales intereses y resolverse á los más duros trabajos y al sufrimiento, para que la razón victoriosa se conserve en posesión de su soberanía. Pero los naturalistas y los francmasones, como no dan fe ninguna á la revelación que tenemos de Dios, niegan que el padre del género humano haya pecado, y, por consiguiente, que las fuerzas del libre arbitrio estén de ningún modo « debilitadas ó inclinadas hacia el mal » (1).

Todo lo contrario, exageran el poder y la excelencia de la naturaleza, y poniendo en ella exclusivamente el principio y la regla de la justicia, ni aun pueden concebir la necesidad de hacer constantes esfuerzos y desplegar grandísimo valor para comprimir las rebeldías de la naturaleza, y para imponer silencio á sus apetitos. Así vemos multiplicar y poner al alcance de todos los hombres cuanto puede halagar sus pasiones. Periódicos y folletos donde no hay rastro de decoro y pudor; representaciones teatrales que pasan los límites de toda licencia; obras artísticas donde se exhiben, con repugnante cinismo, los principios de eso que hoy llaman *el realismo*; ingeniosas invenciones desti-

(1) Concilio de Trento, Sess. VI, De Justif., c. 1.

nadas á aumentar las delicadezas y los goces de la vida ; en una palabra, nada se perdona para satisfacer el amor del placer con el cual acaba por ponerse de acuerdo la virtud adormecida.

Seguramente, esas gentes son culpables ; pero al propio tiempo son consecuentes consigo mismas, que, al suprimir la esperanza de los bienes futuros, abaten la felicidad al nivel de las cosas perecederas, más abajo aun que los horizontes visibles. Apoyándose en estos asertos, fácil sería alegar hechos ciertos, aunque en apariencia increíbles. No habiendo nadie, en efecto, que obedezca con tan grande servilismo á esos hábiles y astutos personajes, como aquellos cuyo valor se ha enervado y deshecho en la servidumbre de las pasiones, ha habido sectarios en la francmasonería que han sostenido la necesidad de emplear sistemáticamente todos los medios posibles para saturar á la multitud de licencia y de vicios, bien seguros de que en esas condiciones la muchedumbre estaría toda entera entre sus manos, y podría servirle de instrumento para el logro de sus más osados planes.

En lo que hace á la familia, he aquí á qué se reduce la enseñanza de los naturalistas. El matrimonio no es sino una variedad de la especie de los contratos ; y se puede, por lo tanto, disolver legítimamente á voluntad de los contratantes. Los jefes del gobierno tienen poder sobre el vínculo conyugal. En la educación de los hijos no hay nada que enseñarles metódicamente ni nada que prescribirles en



punto á religión. Corre á cuenta de los hijos, cuando tengan edad, escoger la religión que bien les parezca. Y no solamente los francmasones admiten por completo tales principios, sino procuran infundirlos en las costumbres y en las instituciones.

Ya en muchos países, aun católicos, se ha establecido que fuera del matrimonio civil no hay unión legítima. Además, la ley autoriza el divorcio, que otros pueblos se apresuran á introducir en su legislación con la brevedad posible. Todas estas medidas preparan la próxima realización del proyecto de mudar la esencia del matrimonio, reduciéndole á no ser ya sino unión inestable, efímera, nacida del capricho de un instante, que puede ser disuelta cuando se cambie de capricho.

También acumula la secta todas sus energías y todas sus fuerzas para apoderarse de la educación de la juventud. Esperan los francmasones que cómodamente podrán amoldar á sus ideas la flexibilidad de edad tan tierna é inclinarla en la dirección que quieran, no habiendo medio más eficaz para formarle á la sociedad civil una raza de ciudadanos tal como los francmasones se la quieren preparar. Por eso en la educación é instrucción de los niños no quieren tolerar á los ministros de la Iglesia, ni como profesores ni como vigilantes. Ya en muchos países han logrado que exclusivamente se confíe á los seglares la educación de la juventud, y que asimismo se proscriban totalmente de la enseñanza de la moral los grandes y santos deberes que unen al hombre con Dios.

Vienen en seguida los dogmas de la ciencia política. Véase cuales son en este punto las tesis de los naturalistas : — los hombres son iguales en derechos ; — todos, y en todos conceptos, son de igual condición. Siendo todos libres por naturaleza, ninguno de ellos tiene derecho de mandar á sus semejantes, y es hacer violencia á los hombres querer someterlos á cualquiera autoridad, á menos que tal autoridad no proceda de ellos mismos. Todo poder está en el pueblo libre ; los que ejercen el mando sólo le tienen por mandato ó concesión del pueblo, y eso de modo que si cambia la voluntad popular, hay que despojar de su autoridad á los jefes del Estado, aun á despecho de ellos. La fuente de todos los derechos y de todas las funciones civiles, ó reside en la multitud, ó reside en el poder que rige al Estado si está constituido según los principios nuevos. El Estado además ha de ser ateo. Para él no hay, en efecto, ninguna razón de preferir una ú otra de las diversas formas religiosas : luego á todas debe considerarlas iguales.

Que tales doctrinas profesan los francmasones, que ese es para ellos el ideal con arreglo al cual entienden constituir las sociedades, cosa es casi en demasía evidente para que sea menester probarla. Mucho tiempo hace ya que francamente trabajan por conseguirlo, y á eso dedican todos sus esfuerzos y recursos. Abren así el camino á otros sectarios numerosos y más audaces que están prontos á sacar de esos falsos principios conclusiones todavía mas detestables, es á saber, la participación



igual y la comunidad de bienes entre los ciudadanos, después que se suprima toda distinción de clases y fortunas.

Los hechos que acabamos de resumir, arrojan luz suficiente sobre la constitución íntima de los francmasones, y muestran con claridad por qué vía se encaminan á su fin. Sus dogmas principales están en tan completo y manifiesto desacuerdo con la razón, que no se puede imaginar cosa más perversa. En efecto, querer destruir la Religión y la Iglesia establecidas por Dios mismo y aseguradas por Él con perpetua protección, para resucitar entre nosotros, después de diez y ocho siglos, las costumbres é instituciones de los paganos, ¿no es el colmo de la locura y la más osada impiedad? Ni es menos horrible, ni más insoportable ver que se repudian los beneficios misericordiosamente ganados por Jesucristo, para los individuos en primer término, después para los hombres agrupados en familias y naciones; beneficios de grandísimo precio, aun segun el testimonio de los mismos enemigos del Cristianismo. Ciertamente, que en plan tan criminal é insensato, bien se puede reconocer el odio inextinguible que anima á Satán contra Cristo, y su pasión de venganza.

Otro designio á cuya realización dedican también los francmasones todos sus esfuerzos, es destruir los fundamentos principales de la justicia y la honradez. Por ahí se hacen auxiliares de los que quisieran que, á imitación del animal no tuviese el hombre más regla de acción que sus de-

seos. Semejante designio no tiende nada menos que á deshorrar al género humano y á precipitarle ignominiosamente en su ruina. — El mal se aumenta con todos los peligros que amenazan á la sociedad doméstica y á la sociedad civil. Como otras veces lo hemos expuesto, todos los pueblos, todos los siglos concuerdan en reconocer en el matrimonio algo de sagrado y religioso, y la ley divina ha provisto á que las uniones conyugales no puedan disolverse. Pero si se convierten en puramente profanas, si se permite romperlas á capricho de los contratantes, en ese instante la constitución de la familia será presa de turbación y confusión; las mujeres serán desposeídas de su dignidad, y los hijos y los intereses perderán toda protección y seguridad. Cuanto á la pretensión de hacer al Estado completamente extraño á la religión y que pueda administrar los asuntos públicos sin tener cuenta con Dios, como si no existiese, es temeridad sin ejemplo, ni aun entre los paganos, los cuales tenían tan profundamente grabado en lo más íntimo de sus almas, no solamente una idea vaga de los dioses, sino la necesidad social de la religión, que, en su modo de ver, más fácil hubiera sido á una ciudad mantenerse en pié sin apoyarse en el suelo que privada de Dios. De hecho la sociedad del género humano, para la cual nos ha criado la naturaleza, fué constituida por Dios, autor de la naturaleza. De Él, como principio y como fuente, derivan en su fuerza y en su perennidad los beneficios innumerables con que la sociedad nos enri-



quece. Así, á la manera que la voz de la naturaleza recuerda á cada hombre en particular la obligación en que está de ofrecer á Dios culto de piadosa gratitud, porque á Él somos deudores de la vida y de los bienes que la acompañan, de esa manera hay un deber semejante para los pueblos y las sociedades.

Resulta de ahí con toda evidencia que los que quieren romper toda relación entre la sociedad civil y los deberes de la religión, no sólo cometen una injusticia, sino que prueban con su conducta su ignorancia y su ineptia. Por la voluntad de Dios nacen en efecto los hombres para estar reunidos y vivir en sociedad; la autoridad es el vínculo necesario para el mantenimiento de la sociedad civil, de tal manera que rota la autoridad, la sociedad se disuelve fatal é inmediatamente. La autoridad tiene, pues, por autor al mismo Sér que ha creado la sociedad. De modo que quien quiera que sea aquel en cuyas manos reside el poder, ese es ministro de Dios. Por consecuencia, en la medida en que lo exigen el fin y la naturaleza de la sociedad humana, hay que obedecer al poder legítimo que manda cosas justas, como á la misma autoridad de Dios que todo lo gobierna; y nada hay más contrario á la verdad que sostener que de la voluntad del pueblo depende rehusar esa obediencia cuando le acomode.

Cierto, si se considera que todos los hombres son de la misma raza é idéntica naturaleza, y todos deben alcanzar el mismo fin último, y si semi-

ra á los deberes y derechos que derivan de esa comunidad de origen y destino, no es dudoso que todos son iguales. Más como no todos tienen los mismos recursos de inteligencia, y unos de otros difieren así en las facultades del espíritu, como en las energías físicas, y hay entre ellos, en fin, mil diferencias de costumbres, gustos, caracteres, nada repugna tanto á la razón como el empeño de reducirlos todos á las mismas medidas é introducir en las instituciones de la vida civil una igualdad rigurosa y matemática. Al modo que la perfecta constitución del cuerpo humano resulta de la unión y combinación de miembros que no tienen las mismas formas ni las mismas funciones; pero cuya feliz asociación y concurso armonioso dan á todo el organismo su belleza plástica, su fuerza y su aptitud para hacer los servicios que les son propios; de esa manera, en el seno de la sociedad humana se encuentra variedad casi infinita de partes desemejantes. Si todas fueran iguales entre sí, y libres, cada una por su cuenta, de obrar á su capricho, nada habría más diforme que semejante sociedad. Si al contrario, por una discreta gerarquía de méritos, de gustos y aptitudes cada una de ellas concurre al bien general, veis alzarse ante vos la imagen de una sociedad bien ordenada y conforme á naturaleza.

Los perniciosos errores que acabamos de recordar amenazan á los Estados con los más espantosos peligros. Suprimid, en efecto, el temor de Dios y el respeto que á sus leyes se debe; dejad caer en descrédito la autoridad de los príncipes, dad libre



curso y aliento á las manías de las revoluciones; soltad las riendas á las pasiones populares, romped todo freno, salvo el de los castigos, y llegaréis por la fuerza de las cosas á un cataclismo universal y á la ruina de todas las instituciones: tal es, ciertamente, el fin averiguado, explicito, á que enderezan sus esfuerzos muchas asociaciones comunistas y socialistas; y la secta de los francmasones no tiene derecho de decirse extraña á tales atentados, dado que ella favorece sus designios, y en el terreno de los principios está por completo de acuerdo con ellas.

Si estos principios no producen inmediatamente y en todas partes sus consecuencias extremas no es ni á la disciplina de las sectas ni á la voluntad de los sectarios á quien ha de atribuirse, sino, primeramente á la virtud de esa divina Religión que no puede ser destruida, y después á la acción de los hombres que, constituyendo la parte más sana de las naciones, se niegan á sufrir el yugo de las sociedades secretas y luchan con valor contra sus empresas insensatas.

Pluguiese á Dios que todos, juzgando del árbol por sus frutos, supieran conocer el germen y el principio de los males que nos anonadan, de los peligros que nos amenazan. Luchamos con un enemigo astuto y fecundo en artificios.

Sobresale en lisongear agradablemente los oídos de los príncipes y de los pueblos, y ha sabido cautivar á unos y á otros con la dulzura de sus máximas y la suavidad de sus adulaciones. — † Los

principes? Los francmasones han ganado su favor con máscara de amistad, para hacer de ellos aliados y poderosos auxiliares, y con su ayuda oprimir más seguramente á los católicos; para excitar más vivamente el celo de estos altos personajes, persiguen á la Iglesia con imprudentes calumnias. Así la acusan de tener celos del poder de los soberanos y disputarles sus derechos. Segura su audacia con esta política de quedar impune, han logrado gozar de mucho crédito con los gobiernos. De otra parte, siempre están prontos á destruir los fundamentos de los imperios, á perseguir, denunciar y aun destronar á los principes cuando quiera que estos no se presten á usar de su poder como la secta lo exige. — ¿ Los pueblos? Mófanse de ellos adulándolos con procedimientos semejantes. Tienen siempre en la boca las palabras de *libertad y prosperidad pública*. A creerlos, es la Iglesia, son los soberanos, quienes han puesto siempre obstáculo á que las muchedumbres fuesen arrancadas á servidumbre injusta y libradas de la miseria.

Con este lenguaje falaz han seducido al pueblo, y excitando en él ansia de cambios, le han lanzado al asalto de los dos poderes, eclesiástico y civil. La realidad de las ventajas que se esperan siempre quedan, sin embargo, muy por bajo de la imaginación y del deseo. Muy lejos de haberse hecho dichoso al pueblo, agobiado por opresión y miseria crecientes, se ve además despojado de los consue-  
los que con tanta facilidad y abundancia hubiera



podido hallar en las creencias y prácticas de la Religión cristiana. Cuando se apartan los hombres del orden providencialmente establecido, en justo castigo de su orgullo encuentran frecuentemente la aflicción y la ruina donde temerariamente contaban encontrar fortuna próspera para la satisfacción de todos sus deseos.

Cuanto á la Iglesia, si por encima de todo manda á los hombres obedecer á Dios, Soberano Señor del universo, sería juzgarla calumniosamente creer que tiepe envidia del poder civil ó que sueña en disputar sobre los derechos de los príncipes. Nada de eso. Pone bajo la garantía del deber y de la conciencia la obligación de dar al poder civil lo que legitimamente se le debe. Si hace derivar de Dios mismo el derecho de gobernar, de eso resulta para la autoridad considerable aumento de dignidad y facilidad más grande de conciliarse la obediencia, el respeto y el buen querer de los ciudadanos.

Siempre amiga de la paz, por otra parte, la Iglesia es quien mantiene la concordia abrazando á todos los hombres en la ternura de su maternal caridad. Atenta únicamente á procurar el bien de los mortales, no se cansa de recordar que hay que atemperar siempre la justicia con la clemencia, el gobierno con la equidad, las leyes con la moderación; que el derecho de cada uno es inviolable; que es obligación trabajar por el mantenimiento del orden y de la tranquilidad general, y auxiliar, en toda la medida de lo posible, con la caridad

privada y pública, á los sufrimientos de los desgraciados. Mas para emplear muy á propósito las palabras de San Agustín: *Quieren creer que la doctrina cristiana es incompatible con el bien del Estado, porque quieren fundar el Estado, no sobre la solidez de las virtudes, sino sobre la impunidad de los vicios* (1). Si todo esto fuera mejor conocido, príncipes y pueblos darían pruebas de sensatez política y obrarían conforme á lo que exige la pública salud, uniéndose á la Iglesia para resistir los ataques de los francmasones, en vez de unirse á los francmasones para combatir á la Iglesia. Suceda lo que sucediere, Nuestro deber es esmerarnos en buscar remedios proporcionados á mal tan intenso, cuyos estragos se han extendido tanto. Nos lo sabemos: Nuestra mejor y más sólida esperanza de curación está en la virtud de esta Religión divina que los francmasones aborrecen, tanto cuanto la temen. Importa, pues, sumamente hacer de ella punto central de resistencia contra el enemigo común. Así todos los Decretos dados por los Pontífices Romanos, Nuestros Predecesores, para ver de paralizar los esfuerzos y tentativas de la secta masónica, todas las sentencias por ellos pronunciadas para apartar á los hombres de afiliarse á esta ó determinarlos á salir de ella, Nos entendemos ratificarlos de nuevo, en general y en particular. Llenos de confianza en este punto con la buena voluntad de los cristia-

(1) Epist. CXXXVII al. III, ad Val., c. V, n. 20.



nos, Nos les suplicamos, por su eterna salvación, y Nos les pedimos que consideren obligación sagrada de conciencia no separarse jamás ni en un solo ápice de las prescripciones promulgadas en este punto por la Sede Apostólica.

Cuanto á vosotros, Venerables Hermanos, Nos os rogamos, Nos os conjuramos, que unais vuestros esfuerzos á los Nuestros, y que empleeis todo vuestro celo en procurar que desaparezca el impuro contagio del veneno que circula en las venas de la sociedad y toda entera la inficiona. Trátase, para vosotros, de procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Combatiendo por causas tan grandes, no os han de faltar valor ni fuerza. A vosotros toca determinar, en vuestra discreción, los medios más eficaces para vencer las dificultades y los obstáculos que se alzarán contra vosotros. Pero ya que la autoridad inherente á Nuestro cargo Nos impone el deber de trazaros la línea de conducta que estimamos mejor, os diremos :

Primeramente, arranca d á la francmasonería la máscara con que se cubre , y mostradla tal cual es.

En segundo lugar, con vuestros discursos y cartas pastorales especialmente dedicadas á este asunto, instruid á vuestros pueblos ; hacedles conocer los artificios empleados por esas sectas para seducir á los hombres y atraerlos á sus filas, la perversidad de sus doctrinas, la infamia de sus obras. Recordadles que en virtud de sentencias dictadas varias veces por Nuestros Predecesores, ningún católico, si quiere conservarse digno de este nom-

bre y tener de su salvación el cuidado que ella merece, no puede, con ningún pretexto, afiliarse á la secta de los francmasones. Ninguno, pues, se deje engañar por falsas apariencias de honradez. Pueden algunos creer, en efecto, que en los planes francmasónicos no hay cosa formalmente contraria á la santidad de la Religión y de las costumbres. Mas condenado por la moral el principio fundamental, que es como el alma de la secta, no hay posibilidad de que sea lícito unirse á ella ni ayudarla de ningún modo.

También es preciso, con frecuentes instrucciones y exhortaciones, hacer de modo que las muchedumbres aprendan á conocer la Religión. A ese fin, Nos aconsejamos encarecidamente que se exponga, por escrito ó de viva voz en discursos *ad hoc*, los elementos de los sagrados principios que constituyen la filosofía cristiana. Esta última recomendación tiene por principal objeto curar, con ciencia de buena ley, las enfermedades intelectuales de los hombres y preservarlos á la vez contra las múltiples formas del error y contra las numerosas seducciones del vicio, sobre todo en tiempos en que la licencia de los escritos va á la par con la avidez insaciable de aprender.

La obra es inmensa ; para acometerla tendreis ante todo el auxilio y la colaboración de vuestro clero, si poneis todo cuidado en formarle bien y mantenerle en la perfección de la disciplina eclesiástica, y en la ciencia de las santas letras.

Pero tan honrada é importante causa, pide el



concurso inteligente de los seglares que juntan al amor de la Religión y la patria, la probidad y la doctrina. Mancomunadas las fuerzas de ambos órdenes, poned todo esmero en que los hombres conozcan á fondo á la Iglesia Católica y de todo corazón la amen. Porque cuanto más crezca este conocimiento y este amor en las almas, mayor repugnancia causarán las sociedades secretas, y con más empeño se huirá de ellas.

Aprovechamos de propósito esta nueva ocasión que se presenta de insistir en la recomendación ya hecha de la Orden Tercera de San Francisco, en cuya disciplina hemos introducido prudentes medidas. Ha de ponerse mucho celo en propagarla y fortalecerla. Tal como su autor la estableció consiste, toda entera, en esto : atraer á los hombres al amor de Jesucristo, al amor de la Iglesia, á la práctica de las virtudes cristianas. Puede por tanto prestar grandes servicios ayudando á vencer el contagio de esas sectas abominables. ¡Haga esta santa asociación mayores progresos cada día ! Entre los muchos beneficios que se pueden esperar de ella, hay uno que aventaja á todos: esta asociación es verdadera escuela de Libertad, de Fraternidad, de Igualdad, no según el modo absurdo en que los francmasones entienden estas cosas, pero tales como Jesucristo nos las quiso dar para enriquecer al género humano, y como las practicó San Francisco.

Nos hablamos, pues, aquí de la libertad de los hijos de Dios, en nombre de la cual nos negamos á

obedecer á esos inicuos maestros que se llaman Satanás y las malas pasiones. Hablamos de la fraternidad que nos une á Dios, común Padré y Creador de todos los hombres. Hablamos de la igualdad que se funda en la justicia y la caridad, y no quiere borrar toda distinción entre los hombres, mas procura formar, con la variedad de condiciones y deberes de la vida, una admirable armonía y una especie de maravilloso concierto de que naturalmente se aprovechan los intereses y la dignidad de la vida civil.

En tercer lugar, una institución debida á la prudencia de nuestros padres y momentáneamente interrumpida por el curso de los tiempos, podría ser otra vez en la época presente, tipo y forma de creaciones análogas. Queremos hablar de esas corporaciones obreras destinadas á proteger, bajo la tutela de la Religión, los intereses del trabajo y las costumbres de los trabajadores. Si la piedra de toque de una larga experiencia hizo apreciar á nuestros abuelos la utilidad de estas asociaciones, nuestra edad sacaría quizás de ellas mayores frutos: tantos preciosos recursos ofrecen para combatir con éxito y para aniquilar el poder de las sectas. Los que solo se libran de la miseria con el trabajo de sus manos, al mismo tiempo que por su condición son sumamente dignos de la caritativa asistencia de sus semejantes, están también más expuestos que otros á ser engañados por las seducciones y los engaños de los apóstoles de la mentira.

Es por lo tanto, pues, acudir en su auxilio con gran-



disima bondad y facilitarles la entrada en asociaciones honradas á fin de impedir que sean arrastrados á las malas. En consecuencia, y para salud del pueblo, deseamos ardientemente ver restablecidas bajo los auspicios y el patronato de los obispos, estas corporaciones, apropiadas á las necesidades de los tiempos presentes. Nos alegramos muchísimo cuando vimos constituirse en muchos puntos asociaciones de este género, así como también sociedades de patronos, con el objeto unas y otras de acudir en auxilio de la honrada clase de los proletarios, de asegurar á sus familias y á sus hijos el beneficio de un patronato titular, de darles los medios de guardar con las buenas costumbres, el conocimiento de la Religión, y el amor á la piedad.

No hemos de hacer caso omiso de una sociedad que ha dado tantos y tan admirables ejemplos y ha merecido bien de las clases populares: nos referimos á la que ha tomado el nombre de su padre, San Vicente de Paul. Son muy conocidas las obras realizadas por esta sociedad y el objeto que se propone. Los esfuerzos de sus miembros tienden únicamente á auxiliar con caritativa iniciativa á los pobres y á los desgraciados, lo cual hacen con maravillosa sagacidad y no menos admirable modestia. Cuanto más oculta esta sociedad el bien que hace, tanto más idónea es para practicar la caridad cristiana y aliviar las miserias de los hombres.

En cuarto lugar, á fin de lograr mejor el objeto de nuestros deseos, recomendamos con nueva instancia á vuestra fe y á vuestra vigilancia la ju-

ventud, esperanza de la sociedad. Aplicad á su formación la parte principal de vuestros cuidados paternales. Cualesquiera que hasta aquí hayan sido vuestro celo y vuestra previsión, creed que nunca haceis bastante para sustraer á la juventud á las escuelas y los maestros, con los cuales está expuesta á respirar el soplo envenenado de las sectas. Entre las prescripciones de la doctrina cristiana, hay una en la cual deberán insistir los padres, los maestros piadosos, los Curas, recibiendo todos el impulso de sus Obispos. Hablamos de la necesidad de defender á sus hijos y á sus alumnos de las sociedades criminales, enseñándoles desde luego á desafiar los pérfidos y variados artificios, con que los sectarios arrastran á los buenos.

Los encargados de preparar á los jóvenes para recibir los Sacramentos, obrarán prudentemente si les infunden la resolución de no afiliarse á ninguna sociedad sin contar con sus padres ó sin haber consultado á su Cura ó Confesor.

Por lo demás, Nos sabemos que nuestros compañeros de trabajos serian de hecho impotentes para arrancar del campo del Señor estas perniciosas semillas, si de lo alto de los cielos el Dueño de la viña no secundase sus esfuerzos. Es necesario, pues, implorar su asistencia y su auxilio con grande ardor y reiteradas súplicas, proporcionadas á las necesidades de las circunstancias y á la intensidad del peligro. Orgullosa con sus anteriores triunfos, la secta de los francmasones levanta insolentemente la cabeza, y su audacia no pare-



ce que conoce límites. Unidos unos á otros con los lazos de una federación criminal y de ocultos proyectos, sus adeptos se prestan mutuo apoyo, y se excitan á hacer el mal.

A tan violento ataque debe responder enérgica defensa. Unanse los hombres honrados también y formen una inmensa coalición de oraciones y de esfuerzos. En consecuencia, Nos les pedimos que realicen entre si por la concordia de los espíritus y de los corazones, una cohesión que les haga invencibles contra los ataques de los sectarios. Además, que eleven hacia Dios sus manos suplicantes y que, con perseverantes gemidos, se esfuercen en obtener la prosperidad y los progresos del cristianismo, que goce tranquilamente la Iglesia la libertad necesaria, que los extraviados vuelvan al bien, y triunfen la verdad sobre el error, y la virtud sobre el vicio.

Pidamos á la Virgen María, Madre de Dios, que sea nuestro amparo é intercesora. Victoriosa de Satanás desde el primer instante de su concepción, despliegue su poder contra las sectas reprobadas que evidentemente hacen revivir entre nosotros el espíritu de la revolución, la incorregible perfidia y la astucia del demonio. Llamemos en nuestro auxilio al príncipe de las celestiales milicias, S. Miguel, que precipitó en los infiernos á los ángeles rebeldes; á S. José, esposo de la Santísima Virgen, celestial y tutelar Patrono de la Iglesia Católica, y á San Pedro y San Pablo, Apóstoles magnos, sembradores infatigables é invencibles adalides de la fé católica.

Merced á su protección y á la perseverancia de todos los fieles en las oraciones, confiamos en que Dios se dignará enviar su auxilio oportuno y misericordioso al género humano, para librarle de tan gran peligro.

En prenda de los celestiales dones y en testimonio de nuestra benevolencia, Nos os enviamos del fondo del corazón la Bendición Apostólica, á vosotros Venerables Hermanos, al clero y á los pueblos confiados á vuestra solicitud.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 20 de Abril de 1884, año VII de nuestro pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.

